

VII domingo de tiempo Ordinario – 22 de febrero de 2009

Isaías 43: 18-19, 21-22, 24-25

2 Corintios 1: 18-22

Marcos 2: 1-12

La Cabra Tira al Monte

El dicho “la cabra tira al monte” identifica una curiosa, aunque no inevitable, realidad: con frecuencia repetimos comportamientos que no responden a nuestro deseo más íntimo, comportamientos que, con frecuencia no son más que maneras de compensar, o medicar el malestar que ha producido, o nuestro pecado personal, o el desorden generalizado que es consecuencia del pecado también. Respondemos a nuestras ansiedades, dolores, dificultades con comportamientos de nuestra propia hechura, que no dan resultado y que nos hundan más en la falacia de creer que nosotros somos dueños de nuestra vida, dioses para nosotros mismos, resultando en la egolatría. Este repetir el mismo comportamiento, aún cuando es evidente que no va a rendir el resultado deseado, le llamamos en la psicología “la paradoja neurótica”.

Posturas compensatorias y persistentes.

Un tiempo atrás, acudí a un doctor hostiópata, buscando alivio para los malestares que me causa un nervio comprimido en mi pierna izquierda. El me explicó que tendría que reajustar la posición inferior de mi columna vertical, pues, por alguna causa no determinada estaba fuera de su lugar propio. Noté que sentía algo de alivio después de cada sesión, pero que el malestar resurgía a los pocos días. El buen doctor me dijo que los músculos de esa área de mi espalda tenían un tipo de “memoria” que les hacía tirar de las vértebras y llevarlas a la desviación que por muchos años había existido. También me dijo que esto sucede cuando asumimos posturas compensatorias con nuestro cuerpo para proteger esas áreas que habían sido lastimadas, favoreciéndolas al caminar y pararnos, pero causando el desajuste que nos produce el malestar mayor. Eso de un tipo de “memoria” que nos conduce a comportamientos compensatorios me pareció muy importante e intrigante.

Al orar con las escrituras de este domingo sentí que lo que relato anteriormente aquí se refleja en la actitud de los escribas del Evangelio de hoy. Para los judíos, el alcanzar el perdón de los pecados estaba inseparablemente enlazado con su mentalidad legalista y la idea del cumplimiento de la ley en todos sus preceptos. El hacer lo que requería la ley les daba un tipo de seguridad que Dios les perdonaba. Esta actitud jurídica, con su conllevada imagen de Dios, hacía que se viera el perdón de los pecados como algo que más se adquiere que se recibe. El énfasis en lo que yo hago era muy fuerte. Se trataba del cumplimiento de todos los requisitos de la ley como podemos ver en el decimosexto capítulo del libro del Levítico. Así entendía el perdón de los pecados los escribas.

Pero, como vemos en la primera lectura de hoy, tomada del libro del profeta Isaías, Dios está “haciendo algo nuevo” (*Isaías 43: 19*). El cumplimiento de esa profecía en Cristo nos da a conocer que lo “nuevo” que Dios hace para perdonar nuestros pecados no es nada menos que su encarnación. Dios se hace hombre, asume nuestra condición humana, es Emmanuel, dios con nosotros. Dios entra en **relación** con rostros y nos llama a una relación con Él más profunda y maravillosa que aquella de la cual disfrutábamos, incluso antes del pecado. Es en el contexto de esa **relación** que recibimos de dios el perdón, y no sólo el perdón, sino la

salvación y la glorificación. Porque Dios se hizo hombre, y habitó entre nosotros, si aceptamos su iniciativa de amor y dejamos que su misericordia nos alcance, el nos lleva a ser, no sólo sus criaturas, no sólo su siervos, no sólo sus discípulos, sino sus hijos y herederos de todo lo que es suyo (*Romanos 8: 17*).

He aquí la paradoja de los escribas, que añoraban la venida de Mesías, el cual iniciaría una nueva era. Pero a la vez, en sus corazones había ese tipo de "memoria" que tiraba de ellos, sacándolos del lugar de encuentro con Emmanuel, Dios-con-nosotros, como los músculos de mi espalda tiraban de mis huesos, sacándolos de alineamiento.

Este tipo de paradoja espiritual puede afectarnos también a nosotros, haciéndonos creer que el cumplimiento de preceptos y reglas es la moneda con la cual le podemos comprar a Dios su perdón. La realidad que el Hijo nos revela por su encarnación, y en relación con Él, es que el perdón de Dios es un regalo; y lo único que tenemos que hacer es soltar aquello a lo que nos aferramos para tener las manos vacías y poder recibir el don del perdón. Sólo tenemos que vaciar nuestro corazón del antiguo y caduco paradigma de egolatría para recibir el derroche del amor divino. Todo lo demás lo hace Dios. Dios quiere perdonarnos, incluso cuando estamos en pecado, pero Él no viola nuestra libertad de recibirlo, o rechazarlo. Esto lo constata la primera lectura de hoy (*Isaías 43: 22, 24 y 25*). La novedad de la encarnación nos revela el lugar del perdón divino; ese lugar esta en la **relación** con Dios.

La relación compromete y libera.

¿Qué alimenta ese impulso de regresar a lo de costumbre, a nuestras actitudes y comportamientos compensatorios para manejar, o medicar el malestar que de manera directa o indirecta ha causado en rostros el pecado y sus consecuencias? Creo que la respuesta está en la cierta intuición que nos alerta a la verdad de que el perdón de Dios se nos da en el contexto de una **relación de amor** con Él, la cual es siempre iniciativa de Dios, e invitación a nosotros a entregarnos al Señor.

Sabemos, en lo más profundo de nuestro ser, que este tipo de **relación** requerirá que nos rindamos a Dios, que abandonemos el férreo control de nuestras vidas, que le rindamos a Él nuestra voluntad. Después de tanto tiempo de egocentrismo y preocupación de mí mismo, abandonarme al cuidado y al señorío de Dios sobre mí me causa ansiedad. Con frecuencia, ese paralizante miedo a Dios nace de la imagen errónea que tengo de Dios, precisamente por mi persistencia en ser autosuficiente y, por ende, mi falta de relación con Él, dejándome con imágenes de Dios que son hechura de mi ignorancia, o proyecciones de las deficiencias humanas a causa del pecado.

Lo nuevo a lo que nos invita el Señor es, precisamente, a conocerlo a Él, tal y como se nos revela, como Padre amantísimo y paciente, como Maestro y Redentor, como Paráclito y dador de vida. Es en el riesgo de la relación que nos encontramos cara a cara con el Amor Divino, que nos invita y nos compele a amar, y el que ama, acaba olvidándose de sí, buscando lo que al amado pueda hacer feliz. Es a este "vaciamiento" – κένωσις – a lo que teme el hombre viejo, el hombre paralizado por el pecado y sus consecuencias y atrapado en el caduco y solitario paradigma de la autosuficiencia y egolatría.

Dios, a pesar de nuestro pecar, se vacía haciéndose semejante a nosotros en todo menos en el pecado (*Filipenses 2: 7*), para encontrarse con nosotros e invitarnos a una relación profunda, e íntima, una relación unitiva y fecunda. Él vino para sacarnos de lo torcido e inútil, para situarnos en el lugar de encuentro y **relación** con Él. Es en esta **relación de**

entrega y recepción mutua que alcanzaremos **la unión** con el Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. Sólo en esa **unión** seremos libres de la parálisis causada, directa o indirectamente por el pecado.

La nueva obra de Dios, que nos llama a esa **unión** con Dios que nace de la **relación** con Él, da frutos de concordia y amor entre nosotros también. Yo creo firmemente que todo lo que Dios nos da, nos lo da para que demos a los demás. Así, esta vocación a la relación y unión, se proyecta también hacia el prójimo. Esto lo vemos en la solicitud de los cuatro amigos del paralítico del Evangelio de hoy, que superando todos los obstáculos, llevaron a su amigo a Jesús, en el cual habían puesto su esperanza para la curación del amigo querido. ¡Qué maravilloso fuera si nosotros, estando conscientes de la parálisis del peco en nosotros, nos dejáramos “alinearnos” por Jesús, y con toda nuestras esperanza en Él, lleváramos a muchos al Señor, superando todos los obstáculos con su gracia!

Al comenzar la Cuaresma, no seamos como “la cabra que siempre tira al monte”; miremos lo nuevo que el Señor quiere hacer por nosotros. Esforcémonos para no ser llevados de vuelta a lo caduco e infecundo de querer ser dueños de nuestra vida, y emprendamos la aventura de amar Dios y a nuestros hermanos, de modo que muera el hombre viejo en nosotros, para que renazcamos en Cristo, cuando celebremos su gloriosa Resurrección.

Padre Omar A. Huesca